

A shirtless man with dark hair is shown from the waist up, looking out of a stone archway. He is wearing a blue and red patterned bandolero with a large silver concho on his right shoulder and a matching belt with several conchos. The background is a soft-focus landscape with trees and a mountain range under a warm, golden light.

# Maya Banks

LOS HERMANOS McCABE

*Seducida por  
el enemigo*

*Los hermanos McCabe.  
Seducida  
por el enemigo*

Maya Banks

Esencia/Planeta



Alaric McCabe dejó vagar la vista por las extensas tierras del clan McCabe, mientras que en su interior seguía lidiando con la incertidumbre que lo asaltaba. Inhaló la brisa helada y levantó los ojos hacia el cielo. Ese día no nevaría, pero lo haría pronto. El otoño había llegado a las tierras altas. El viento era cada vez más frío y los días se iban acortando.

Después de tantos años malviviendo, luchando por reconstruir el clan, su hermano Ewan había conseguido dar un importante paso hacia adelante y ahora los suyos estaban más cerca de recuperar la gloria que les había pertenecido antaño.

Ese invierno no pasarían hambre. Los niños del clan tendrían la ropa de abrigo que tanto necesitaban.

Ahora le tocaba a Alaric. Había llegado el momento de que él se sacrificase por su clan. En cuestión de minutos partiría rumbo al castillo de los McDonald y pediría formalmente la mano de Rionna McDonald en matrimonio.

Era una mera formalidad. Hacía semanas que habían firmado el acuerdo. El laird vecino estaba envejeciendo y quería que Alaric pasase tiempo con los McDonald, con los hombres que se convertirían en su clan cuando contrajese matrimonio con su única hija y heredera.

Incluso a esas horas, el patio de armas bullía de actividad mientras el contingente de soldados McCabe que iban a acompañarlo se preparaba para el viaje.

Ewan, su hermano mayor y laird de los McCabe, había insistido en que se llevase a sus mejores hombres, pero Alaric se había negado. La vida de la mujer de Ewan seguía corriendo peligro y, además, ahora Mairin estaba embarazada.

Mientras Duncan Cameron siguiese con vida, los McCabe vivirían pendientes de su amenaza. Cameron deseaba todo lo que Ewan poseía: su esposa y el control de Neamh Álainn, el legado que Ewan había heredado al casarse con Mairin, hija ilegítima del antiguo rey de Escocia.

En las tierras altas empezaba a percibirse una todavía débil sensación de paz, pero Duncan Cameron aún representaba una amenaza, no sólo para los McCabe, sino también para los clanes vecinos y para el trono del rey David. Por eso Alaric había aceptado casarse con Rionna, para cimentar así una unión entre los McCabe y el otro clan que poseía las tierras colindantes con Neamh Álainn.

Tendría un buen matrimonio. Rionna McDonald era agradable a la vista, a pesar de su carácter especial, y de que prefería llevar atuendo masculino y realizar las tareas de los hombres en vez de las de las mujeres.

Pero si se quedaba bajo el ala de Ewan, Alaric nunca tendría su propio clan. Ni sus propias tierras. Ni un heredero al que poder traspasar su legado.

Entonces, ¿por qué no estaba impaciente por subirse a lomos de su caballo y partir hacia su destino?

Oyó un sonido a su izquierda y se volvió. Mairin McCabe corría hacia él, colina arriba, o al menos lo intentaba, y Cormac, el guerrero al que le había tocado ser su guardaespaldas ese día, la seguía exasperado.

Mairin apenas iba abrigada con un chal y temblaba de frío.

Alaric le tendió una mano y ella se la cogió para apoyarse en él mientras recuperaba el aliento.

—No tendrías que estar aquí, jovencita —la riñó Alaric—. Vas a coger un resfriado de muerte.

—Tienes razón, no tendría que estar aquí —convino Cormac—. Si nuestro laird se entera, se pondrá furioso.

Mairin puso los ojos en blanco un segundo y después lo miró preocupada.

—¿Tienes todo lo que necesitas para el viaje?

—Sí, todo —contestó Alaric con una sonrisa—. Gertie me ha preparado comida para dos viajes.

Mairin le apretaba la mano con una de las suyas mientras con la otra se acariciaba la barriga de embarazada.

Alaric la acercó a él para abrigoarla con el calor de su cuerpo.

—¿No sería mejor que te quedases un día más? Ya casi es mediodía. Tal vez deberías partir mañana por la mañana.

Alaric reprimió una sonrisa de satisfacción. A Mairin no le hacía ninguna gracia su viaje; su cuñada se había acostumbrado a que todo el clan estuviese donde ella quería: en las tierras McCabe. Y ahora que él estaba empeinado en irse, ella no se esforzaba en disimular que eso no le gustaba o que estaba muy preocupada por su partida.

—No estaré fuera mucho tiempo, Mairin —le dijo con dulzura—. Una semana como mucho. Luego volveré y me quedaré hasta el momento de la boda, cuando tenga que marcharme para siempre al castillo McDonald.

Ella apretó los labios y frunció el cejo al recordar que Alaric se iría de su clan y se convertiría a todos los efectos en un McDonald.

—No pongas esa cara. Seguro que no es bueno para el bebé. Como tampoco lo es que estés aquí fuera, con el frío que hace.

Mairin suspiró resignada y lo abrazó. Alaric dio un paso atrás e intercambió una mirada con Cormac por encima de la cabeza de la joven. Mairin estaba más sensible por culpa del embarazo y todos los miembros del clan habían tenido que acostumbrarse a sus repentinas muestras de afecto.

—Te echaré de menos, Alaric. Y sé que Ewan también. Él no dice nada, pero estos días ha estado más callado que de costumbre.

—Yo también os echaré de menos —dijo él, solemne—. Pero ten por seguro que estaré aquí cuando traigas al mundo al nuevo McCabe.

Tras esa frase, ella se apartó un poco y levantó una mano para acariciarle la mejilla.

—Sé bueno con Rionna, Alaric. Sé que Ewan y tú creéis que ne-

cesita mano firme, pero lo que de verdad necesita esa joven es amor y que alguien la acepte como es.

Él se sintió incómodo y le dio un miedo atroz que Mairin quisiera hablar de temas del corazón con él. Por Dios santo.

Ella se rió.

—Está bien, ya veo que te he puesto nervioso. Pero no te olvides de lo que te he dicho.

—Mi señora, el laird te ha visto y no parece muy contento —comentó Cormac.

Alaric se dio media vuelta y vio a Ewan en medio del patio de armas, con los brazos cruzados y el cejo fruncido.

—Vamos, Mairin —le dijo, colocando la mano de ella en su antebrazo—. Será mejor que te lleve de vuelta con mi hermano antes de que él decida venir a buscarte.

Ella masculló algo por lo bajo, pero dejó que la escoltase colina abajo.

Cuando llegaron al patio de armas, Ewan fulminó a su esposa con la mirada durante un segundo, pero acto seguido desvió aquellos ojos tan letales hacia Alaric.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

Él asintió.

Caelen, el más pequeño de los hermanos McCabe, apareció al lado de Ewan.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe?

—Aquí haces falta —dijo Alaric—. Y más ahora que Mairin está a punto de dar a luz. Las nieves del invierno no tardarán en caer y sería muy propio de Duncan intentar atacarnos cuando menos lo esperamos.

Mairin tembló de nuevo a su lado y el guerrero se volvió hacia ella.

—Dame un abrazo, hermanita, y vuelve a entrar en el castillo antes de que pilles un resfriado. Mis hombres están listos y no quiero verte llorar cuando partamos.

Tal como había previsto, Mairin frunció el cejo un segundo antes de abrazarlo con todas sus fuerzas.



—Que Dios te acompañe —le susurró.

Alaric le pasó una mano por el pelo con cariño y luego la empujó con cuidado hacia el castillo.

Ewan miró a su esposa a los ojos y, muy serio, secundó la orden de Alaric.

Ella les sacó la lengua a los dos antes de darse media vuelta y Cormac se apresuró a seguirla hacia la escalinata del castillo.

—Si me necesitas, manda a alguien a buscarme —le dijo Ewan a Alaric— e iré en seguida.

Alaric cogió el brazo de su hermano mayor y ambos se miraron durante largo rato antes de que lo soltase.

Caelen le dio una palmada en la espalda cuando ya se disponía a montar.

—Te irá bien —le dijo con sinceridad.

Alaric lo miró y, por primera vez, sintió una chispa de satisfacción.

—Sí, lo sé.

Respiró hondo y sujetó las riendas con fuerza. Iba hacia sus tierras. Hacia su clan. Sí, le iría muy bien.

Alaric y una docena de soldados McCabe cabalaron a paso firme. Dado que habían partido tarde, el viaje les llevaría dos días en vez de uno, que era lo que se tardaba normalmente en alcanzar las tierras del clan McDonald.

Consciente de ello, Alaric no forzó la marcha e incluso les ordenó a sus hombres que se detuvieran para acampar después del anochecer. Encendieron una hoguera y la mantuvieron baja para que no iluminase demasiado.

Después de devorar la comida que les había preparado Gertie, Alaric dividió a los hombres en dos grupos para hacer las guardias. Los seis guerreros del primer turno se colocaron estratégicamente alrededor del campamento para vigilar mientras el segundo grupo aprovechaba sus merecidas horas de descanso.

Aunque se suponía que a él le tocaba el segundo turno, Alaric no podía dormir y se quedó tumbado en el suelo, mirando el cielo estrellado. Era una noche clara y fría. El viento soplaba del norte y anunciaba el cambio de tiempo.

Casado con Rionna McDonald. Intentó sin éxito evocar la imagen de la joven. Lo único que podía recordar era su brillante melena rubia.

Era una muchacha muy callada y supuso que eso era una buena cualidad para una esposa, aunque Mairin no lo era, igual que tampoco era especialmente obediente, y, sin embargo, a Alaric le parecía entrañable y sabía que Ewan no cambiaría ni el menor detalle de su esposa.

Claro que Mairin era todo lo que se suponía que tenía que ser una mujer: dulce y cariñosa; en cambio Rionna era masculina, tanto en su atuendo como en su comportamiento. No era poco agraciada, lo que lo confundía todavía más, porque no entendía por qué le gustaba hacer cosas tan impropias de una dama.

Tendría que ocuparse de ese problema de inmediato.

Una ligera perturbación en el aire fue lo único que lo avisó del ataque y no tuvo tiempo de rodar hacia un lado. Una espada le atravesó el costado.

El dolor le recorrió todo el cuerpo, pero lo ignoró y cogió su arma antes de ponerse en pie. Sus hombres se despertaron y la noche se llenó de los sonidos de la batalla.

Alaric luchó contra dos guerreros; el sonido de las espadas al chocar resonaba en sus oídos. Las manos le temblaban de la fuerza con que asestaba golpes a sus adversarios una y otra vez.

Éstos lo empujaron hacia donde se habían apostado sus propios hombres y Alaric casi se tropezó con el cuerpo de uno de ellos. Del pecho del guerrero sobresalía una flecha, prueba irrefutable de lo furtiva que había sido la emboscada.

Los sobrepasaban en número y, aunque él apostaría por los soldados McCabe en cualquier lugar y contra cualquier adversario, en ese momento la única alternativa que tenían era retirarse antes de



ser masacrados. Sencillamente, era imposible que pudiesen derrotar a un contingente seis veces mayor que el suyo.

Dio la orden de retirada y, tras deshacerse del guerrero contra el que seguía luchando, corrió en busca de su caballo. La herida del costado le sangraba profusamente. El penetrante olor de la sangre se percibía con facilidad en aquel aire frío y le impregnaba las fosas nasales. Tenía la visión borrosa y sabía que si no conseguía montar estaba perdido.

Silbó y su caballo galopó hacia él justo cuando otro de sus enemigos se disponía a atacarlo. La pérdida de sangre lo estaba debilitando rápidamente y Alaric empezó a combatir sin la disciplina que le había inculcado Ewan. Corrió riesgos innecesarios. Se volvió imprudente. Estaba luchando por su vida.

Otro guerrero soltó un grito y se abalanzó sobre él. Alaric sujetó la espada con ambas manos y asestó el golpe con todas sus fuerzas. Acertó en el cuello de su contrincante y lo decapitó con un único movimiento.

No se tomó ni un segundo para saborear la victoria, pues otro enemigo estaba acercándose a él. Con las últimas fuerzas que le quedaban, montó en su caballo y le ordenó al animal que se pusiese en marcha.

Podía distinguir la silueta de guerreros caídos a medida que iba alejándose del lugar de la masacre y tuvo la horrible certeza de que no eran cadáveres de sus enemigos los que allí yacían. Había perdido a casi todos sus hombres, o a todos, en aquella emboscada.

—A casa —farfulló.

Se presionó el costado con una mano e intentó mantenerse consciente, pero con el trote de su montura el dolor se iba intensificando y su visión se volvía cada vez más borrosa.

Su último pensamiento fue que tenía que llegar a casa y avisar a Ewan. Y le suplicó al mismísimo diablo que no hubiesen atacado también el castillo McCabe.



Keeley McDonald se despertó antes del amanecer y fue a encender el fuego antes de prepararse para el nuevo día. Estaba a medio camino entre su cabaña y la pila de leña que tenía detrás de la misma, cuando pensó lo absurdo que era que siguiese fingiendo que tenía por delante un día lleno de tareas.

Se detuvo junto a un extremo de la cabaña y dejó vagar la vista por el valle que se extendía hasta los picos que había a varios kilómetros de distancia. El humo que salía del castillo McDonald y de las cabañas que lo rodeaban se alzaba perezoso en dirección al cielo.

Era muy cruel que tuviese una vista tan espléndida del lugar al que nunca podría regresar. De su hogar. De su clan. Nunca podría volver a ninguno de los dos. La habían repudiado. Nadie reconocería que pertenecía a su familia. Era una paria.

¿Ése era su castigo? ¿Pasarse la vida en una cabaña desde la que podía ver el hogar donde había nacido y al que tenía prohibido regresar?

Keeley sabía que probablemente tendría que estar agradecida por tener esa cabaña. Podría haber sido mucho peor. Podrían haberla echado de su casa y no haber tenido un lugar a donde ir ni un medio de ganarse la vida.

Apretó la mandíbula hasta que sus labios dibujaron una mueca de rabia.

Obcecarse con eso sólo servía para poner a prueba su buen carácter. Lo único que conseguía era amargarse y ponerse furiosa cuando en realidad ya no podía hacer nada. No podía cambiar el pasado.

Lo único que lamentaba era no haber podido ajustar cuentas

con el bastardo de McDonald por todo lo que le había hecho. Ni con la esposa de éste.

Ella sabía la verdad. Keeley lo había visto en sus ojos, pero la señora del castillo había decidido castigarla por los pecados de su esposo.

Catriona McDonald había muerto cuatro años atrás, pero Rionna no había mandado a nadie a buscarla. Su amiga más querida desde que eran pequeñas no la había llamado. No hizo que volviese a casa.

Y Rionna era ahora la única persona del mundo que sabía la verdad.

Keeley suspiró. Era una estupidez quedarse allí de pie, lamiéndose las heridas del pasado y pensando en sus sueños rotos. Había sido una ingenua por creer que cuando la madre de Rionna muriese, la gente del clan volvería a recibirla con los brazos abiertos.

Los bufidos de un caballo la hicieron volverse, sobresaltada, y el montón de leña que sujetaba en los brazos se le cayó al suelo. El animal se perfiló poco a poco en la distancia y trotó hasta detenerse a su lado. Tenía la crin empapada de sudor y las pupilas tan dilatadas que estaba claro que acababa de tomar parte en una batalla.

Sin embargo, Keeley no podía apartar los ojos del guerrero inconsciente que se hallaba encima de la montura y del goteo constante de sangre que iba cayendo al suelo.

Antes de que ella pudiese reaccionar, el hombre se cayó del animal con un golpe seco. Ella lo miró preocupada; Dios, aquella caída había tenido que dolerle.

El caballo se hizo a un lado y dejó al guerrero desmayado a los pies de Keeley. Ella se agachó y le apartó la túnica en busca del origen de tanta sangre. Vio un enorme desgarrón en la tela, justo en el costado, y cuando la apartó, se quedó horrorizada.

La herida se extendía desde la cadera hasta la axila. La carne se le había abierto y tenía como mínimo varios centímetros de profundidad. Gracias a Dios que no había sido mortal.

Iba a tener que coserlo y que rezar mucho si no quería que sucumbiese a las fiebres.

Nerviosa, le pasó las manos por el abdomen en busca de más heridas. Era un hombre muy fuerte y musculoso y tenía varias cicatrices: una en el estómago y otra en el hombro. Pero eran heridas antiguas que no parecían haber sido tan graves como la que ahora le habían infligido.

¿Cómo iba a llevarlo hasta la cabaña? Miró hacia la puerta y se mordió el labio inferior. Era un hombre enorme y era imposible que una mujer de su tamaño pudiese moverlo. Iba a tener que recurrir a todo su ingenio para resolver el dilema.

Se puso en pie y corrió hacia la cabaña. Quitó la sábana de la cama y la cogió bajo el brazo y acto seguido volvió a salir para extenderla en el suelo. Tardó unos segundos en colocar la sábana tal como quería y, cuando lo consiguió, puso unas piedras en los extremos para evitar que el viento se la llevase.

Después se acercó de nuevo al guerrero con intención de hacerlo rodar hasta que quedase encima de la tela.

Era como intentar empujar una roca.

Keeley apretó los dientes y empujó con todas sus fuerzas. El hombre inconsciente se balanceó un poco, pero se quedó donde estaba.

—¡Despierta de una vez y ayúdame! —le exigió frustrada—. No puedo dejarte aquí fuera con este frío. Hoy probablemente nevará y tú todavía estás sangrando. ¿Acaso no quieres seguir viviendo?

Le dio un puntapié para subrayar su enfado y al ver que no reaccionaba, le dio unas palmaditas en la mejilla.

El guerrero se movió y frunció el cejo, confuso, y el gemido que escapó de sus labios casi hizo que Keeley huyese a su cabaña.

Pero se quedó y se agachó para que él pudiese oírla.

—Eres muy tozudo, pero pronto descubrirás que yo lo soy más. Esta batalla no vas a ganarla, guerrero. Así que más te vale rendirte y ayudarme de una vez.

—Vete de aquí —soltó él, furioso, sin abrir los ojos—. No pienso ayudarte a que me llesves al infierno.

—Al infierno es a donde vas a ir si no dejas de portarte como un niño pequeño. ¡Muévete de una vez!

—Ya sabía yo que el infierno iba a estar lleno de mujeres —masculló—. Tiene lógica que quieran complicarnos la existencia allí igual que en la tierra.

—Estoy muy tentada de dejarte aquí para ver si te mueres de frío —replicó Keeley—. Eres un desagradecido y tu opinión sobre las mujeres es tan deplorable como tus modales. No me extraña que las mujeres te parezcamos tan repulsivas, seguro que nunca has estado lo bastante cerca de ninguna como para poder cambiar de opinión.

Para su sorpresa, él se rió y acto seguido gruñó a causa del dolor que le provocaba la herida. Parte del mal humor de Keeley se desvaneció al ver que el rostro del hombre adquiriría un tono grisáceo y que la frente se empapaba de sudor. Estaba sufriendo una verdadera agonía y ella se había puesto a discutir con él.

—Dame fuerzas, Señor —pidió—, yo sola es imposible que pueda arrastrarlo hasta la casa.

Se mordió los labios, apretó los dientes y tiró con todas sus fuerzas. Pero lo único que consiguió fue resbalar hacia adelante y estar a punto de caerse al suelo. El guerrero no se movió ni un centímetro.

—Bueno, Dios nunca te ha prometido que fuese a darte una fuerza sobrehumana —se dijo a sí misma—. Quizá sólo concede peticiones razonables.

Desvió la vista hacia el problema que tenía entre manos y después hacia el caballo que estaba apartado, comiendo hierba.

Suspiró resignada y fue por el animal. Lo cogió por las riendas y tiró, pero el caballo no movió ni una pata. Sin embargo, Keeley plantó los pies en el suelo e insistió, tirando y suplicándole a aquel enorme semental que la obedeciese.

—¿Acaso no tienes sentido de la lealtad? —lo acusó—. Tu señor está en el suelo, gravemente herido, ¿y tú sólo piensas en comer?

Al caballo no pareció impresionarle demasiado su discurso,

pero finalmente se dignó trotar hacia el guerrero malherido. Agachó el morro y lo pasó por el cuello de su señor, hasta que Keeley lo apartó.

Si lograba atar los extremos de la sábana a la silla de montar, entonces podría arrastrar al hombre hasta la cabaña. No le hacía especial gracia que un caballo tan enorme como aquél entrase en su casa, pero no se le ocurría otra salida.

¡Por suerte funcionó! El animal arrastró al guerrero por el suelo. A Keeley le llevaría una semana quitar las manchas de la sábana, pero al menos había encontrado el modo de transportar al herido.

El caballo entró en la cabaña, donde apenas tenía espacio para maniobrar, porque entre él y su dueño inconsciente ocupaban todo el espacio. Keeley se apresuró a soltar la sábana de la silla de montar y después se dispuso a echar al animal de su hogar. Como era de esperar, la tozuda bestia decidió que prefería el cálido interior de la cabaña al frío del exterior, así que Keeley tardó un buen rato en hacerlo retroceder.

Cuando por fin consiguió que saliese fuera, le cerró la puerta en el morro y se apoyó pesadamente contra la madera. La próxima vez haría bien en recordar que las buenas acciones casi siempre tienen su castigo.

Estaba agotada de tantos esfuerzos, pero si quería que su guerrero sobreviviese tenía que ponerse manos a la obra.

¿Su guerrero? Se rió por lo bajo. Su cruz, estaría mejor dicho. Sería preferible que no se hiciese ilusiones, ni soñase con tonterías. Si él moría, probablemente le echarían la culpa a ella.

Observó al herido más detenidamente y llegó a la conclusión de que no era un McDonald. Frunció el cejo, intrigada. ¿Era un enemigo? Ella ya no les debía ningún tipo de lealtad, pero seguía siendo una McDonald y un enemigo del clan era enemigo suyo. ¿Le estaba salvando la vida a un hombre que significaba una amenaza?

—Ya empiezas otra vez, Keeley —masculló.

Sus elucubraciones mentales solían derivar en el absurdo. Las historias que se inventaba dejarían en ridículo las de cualquier bardo.

El color del tartán del guerrero no le resultaba familiar; claro que ella no había salido de las tierras de los McDonald en toda su vida.

Consciente de que le resultaría imposible llevarlo a la cama, optó por la segunda mejor opción: llevó la cama hasta él.

Le colocó mantas y cojines alrededor para que estuviese cómodo y después fue a echar leña al fuego, porque la habitación había empezado a enfriarse.

Acto seguido, recogió sus cosas y dio gracias a Dios por haber ido al pueblo vecino días atrás a comprar provisiones. Keeley era capaz de mantenerse gracias a que el Señor le había dado el don de saber curar a la gente. De no ser por sus técnicas curativas, no habría podido sobrevivir todos aquellos años.

A pesar de que los McDonald no habían tenido ningún reparo en echarla del clan, tampoco lo tenían para ir a buscar una medicina siempre que alguno de sus miembros la necesitaba. No era nada raro que un guerrero McDonald acudiese a ella para que le cosiera una herida, o que le llevaran a los niños cuando éstos se caían por las escaleras al hacer alguna trastada. En el castillo McDonald tenían a su propia curandera, pero la mujer se estaba haciendo mayor y ya no tenía el pulso lo bastante firme como para coser una herida. Se decía que si cogía una aguja, estropeaba más que curaba.

Si Keeley tuviese más carácter, los echaría de su casa igual que ellos la habían echado de la suya, pero el dinero que le pagaban por esos servicios le proporcionaba alimento y abrigo cuando la caza escaseaba y así podía comprarse cosas que de otro modo no podría permitirse.

Mezcló las hierbas y machacó las hojas añadiendo sólo el agua necesaria para hacer una pasta. Cuando obtuvo la textura que buscaba, dejó el mejunje a un lado y cortó una sábana de lino vieja que guardaba para hacer vendajes.

Cuando lo tuvo todo listo, volvió junto a su guerrero y se agachó a su lado. Dio gracias porque no hubiese recuperado la conciencia mientras lo arrastraba hacia la cabaña. Sólo le habría faltado que un hombre que la doblaba en tamaño hubiese opuesto resistencia.



Empapó un paño con agua y, con mucho cuidado, se dispuso a limpiarle la herida. En cuanto retiró la costra que había empezado a secarse, sangre fresca manó de la misma. Keeley fue meticulosa y no permitió que le entrase suciedad. Era una herida zigzagueante, que le dejaría sin duda una gran cicatriz, pero no lo mataría a no ser que se infectase.

Siguió limpiando la herida hasta que estuvo satisfecha con el resultado y entonces juntó los dos extremos de la carne y contuvo la respiración mientras le clavaba la aguja por primera vez, pero el guerrero siguió durmiendo y Keeley aprovechó para coserlo lo más rápido que pudo, asegurándose al mismo tiempo de que las puntadas quedaban cerca unas de otras y bien apretadas.

Cosió de arriba hacia abajo hasta que le dolió la espalda de estar tan inclinada y hasta que los ojos le escocieron por el esfuerzo. Calculó que la herida tendría más o menos treinta centímetros de largo. Tal vez veinticinco. Midiera lo que midiese, seguro que cuando el guerrero empezase a moverse todavía le dolería más que ahora.

Suspiró aliviada al dar la última puntada. La parte más difícil ya había acabado, ahora tenía que vendarlo y asegurarse de que no volvía a abrirse la herida. Para cuando terminó de bregar con el herido, estaba exhausta; se apartó un mechón de pelo que se le había pegado a la frente y estiró los brazos antes de ir a asearse un poco.

Ahora hacía calor en el interior de la cabaña y agradeció la refrescante brisa de fuera. Caminó hasta un arroyo que no quedaba demasiado lejos de su casa y se arrodilló en la orilla para coger un poco de agua con las manos.

Luego llenó un cuenco e inició el camino de regreso.

Una vez en la cabaña, volvió a limpiar la herida antes de untar la cicatriz recién cosida con el mejunje que había preparado antes. Colocó varias tiras de lino encima para improvisar un vendaje y luego utilizó tiras más largas para rodearle el torso y mantener la herida cubierta y bien protegida.

Si él estuviese sentado, todo sería mucho más fácil, pensó y acto

seguido decidió que no había ningún motivo por el que no pudiese incorporarlo un poco. Así que le levantó un poco la cabeza y se colocó tras él para empujarlo con todo su cuerpo.

El guerrero se venció de golpe hacia adelante y la herida se le abrió un poco y sangró por entre los puntos. Keeley reaccionó al instante y se la cubrió con vendas nuevas hasta que se sintió satisfecha con el resultado. Luego, volvió a tumbarlo en el suelo y le colocó la cabeza encima de una almohada. Le apartó el pelo de la frente y, con un dedo, acarició la trenza que le caía por el cejo.

Atraída por la belleza de su rostro, le acarició primero la mejilla y luego la mandíbula. Era un hombre muy guapo. Tenía unas facciones perfectas y muy atractivas, propias de quien se ha forjado en el fragor de la batalla.

Se preguntó de qué color tendría los ojos. Azules, especuló. Con aquel pelo tan negro, unos ojos azules tendrían un efecto hipnótico, aunque casi seguro que los tendría castaños.

Como si hubiese decidido responder la pregunta que ella no había llegado a formular, él abrió los párpados. Tenía la mirada perdida, pero Keeley se quedó hipnotizada al ver aquellos ojos verde pálido, rodeados por espesas pestañas negras, que sólo lo hacían más hermoso.

Hermoso. Estaba claro que tenía que encontrar un adjetivo más apropiado. Se ofendería mortalmente si una mujer lo llamaba así. Atractivo. Sí, aunque atractivo no bastaba para describirlo.

—Ángel —farfulló él entonces—. He ido al cielo, es lo único que explica que esté ante una belleza como tú.

Keeley sintió una chispa de placer, hasta que recordó que minutos antes la había comparado con un demonio del infierno. Suspiró resignada y le pasó una mano por el mentón mal afeitado. El vello incipiente le rascó la palma y, por un instante, se preguntó cómo sería tocar otras partes de su cuerpo.

Se sonrojó de inmediato y apartó esos pensamientos lujuriosos de su mente.

—No, guerrero. No estás en el cielo. Todavía sigues en este

mundo, aunque dentro de poco te sentirás como si estuvieses prisionero en el fuego del infierno.

—No es posible que un ángel como tú se encuentre en las entrañas del infierno —dijo adormecido.

Keeley le sonrió y volvió a acariciarle la mejilla para tranquilizarlo. Él volvió la cara en busca de la caricia y al cerrar los ojos una expresión de puro placer se reflejó en sus facciones.

—Duerme, guerrero —susurró ella—. Dios sabe que te espera una larga recuperación.

—No me dejes, ángel —murmuró.

—No, guerrero, no te dejaré.